

Luchar y Amar

Elías: el profeta

Anselm Grün



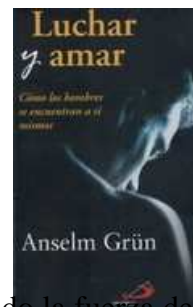
Elías: el profeta

Mientras que Jeremías es el profeta que desconfía y que sufre por su misión, Elías se presenta como el profeta fuerte y confiado en sí mismo. Lucha en solitario contra los 450 sacerdotes de Baal y los vence. Termina con todos aquellos que no profesan su fe (cf 1Re 18). En su agresividad, Elías no cae en la cuenta de sus propias sombras. Quien lucha de manera tan apasionada contra algo queda atrapado la mayoría de las veces por aquello que quiere destruir. Baal es el dios de la fertilidad, la divinidad femenina de Canaán. Yavé es la divinidad masculina, el dios de la guerra. Hoy no nos resulta difícil percibir que Elías tenía una imagen unilateral de Dios y que a ella se aferraba. Su misión profética está mezclada con una espiritualidad rigurosa. Mientras Elías puede ejercitar su parte masculina, él se siente fuerte. Pero tan pronto como le vale al encuentro la parte femenina en la figura de Jezabel, toda la confianza en sí mismo se le viene abajo. Entonces «se llena de miedo y huye para salvar su vida» (1Re 19,3). El emprende la huida ante Jezabel, ante la parte femenina que tanto ha combatido. Pero cuando se encuentra solo en el desierto, esta parte le asalta de nuevo. Ahora se encuentra sin la protección de su parte masculina, con la que él podría luchar contra los demás. Ahora se ve entregado a sí mismo, y hasta las ganas de vivir se extinguen en él. Preferiría morir. Se dice; «¡Basta ya, Señor! Quítame la vida, que no soy mejor que mis antepasados» (1Re 19,4). Elías cae en una profunda depresión. Se encuentra con sus sombras precisamente cuando su éxito y su fuerza han llegado a su punto culminante. Ante esas sombras, él no puede resistir. Se siente entonces decepcionado de sí mismo. Reconoce que lo que ha combatido en otros se encuentra también dentro de él. No es, ciertamente, mejor que sus padres. Tampoco es mejor que aquellos contra los que ha luchado.

Dios lleva a Elías a su escuela. Le envía un ángel para que le despierte y le levante. El ángel le da fuerzas con pan y agua. Pero Elías, después de comer y beber, se tumba de nuevo. El ángel tiene que ir una segunda vez para obligarle a reemprender el camino. Con la fuerza de aquella comida puede caminar cuarenta días y cuarenta noches por el desierto, hasta llegar al Horeb, el monte de Dios. Dios le hace comprender allí que su imagen de Dios era unilateral. El profeta quería ver a Dios sólo como el poderoso, el que extingue con el fuego de su ira a todos sus adversarios. Pero Dios es dulce, y apacible, sale al encuentro en la suave brisa del viento. El profeta tiene que abandonar en silencio todas sus imágenes de Dios para acoger a un Dios totalmente distinto, a un Dios que ya no se puede utilizar en beneficio propio, a un Dios que no se deja instrumentalizar para sus propios sueños de grandeza o para sus ideas sobre la masculinidad. Elías emprende el camino por el que Dios le pide ir. Reconoce al Dios totalmente otro. Y es así como Elías termina siendo el gran profeta del Antiguo Testamento.

La Biblia describe en una dramática escena el modo en que Elías es arrebatado al cielo: «Mientras (Elías y Eliseo) iban caminando y hablando, un carro de fuego con caballos de fuego se interpuso entre los dos, y Elías fue arrebatado en un torbellino hacia el cielo. Eliseo lo seguía con la vista y gritaba: ¡Padre-mío, padre mío, carro y auriga de Israel!» (2Re 2,11-12). Elías introduce a Eliseo en el oficio de profeta. Es como una iniciación en el camino de la realización masculina. Eliseo ruega a su maestro que deje caer sobre él dos partes de su espíritu. Elías se lo promete. Cuando este es arrebatado al cielo, Eliseo toma el manto del

Luchar y Amar



Elías: el profeta

Anselm Grün

profeta y golpea con él sobre el agua. El agua se divide. El discípulo ha recibido la fuerza del maestro. Pero ha de recorrer su propio camino. Ha tenido a Elías como a un padre y como a un guía en el destino del pueblo. Sin él se siente solo. Pero, dotado de su fuerza, se considera capaz de llevar a cabo el encargo de Dios. Los hombres necesitan hoy hombres y maestros así, hombres y maestros que los introduzcan en el arte de llegar a ser hombres.

Elías tenía algo que ardía dentro de él. Podía entusiasmar. Pero esta virtualidad tenía también su parte sombría. Podía convertirse en fuego de pasión, tal como lo demuestra la escena con los sacerdotes de Baal. Allí el fuego le arrastró a exterminar a los sacerdotes de Baal. En el momento de su muerte, el profeta mismo se convierte en fuego. Se dejó transformar por el fuego del amor de Dios. Desde entonces puede él calentar como fuego a los hombres que suspiran por ese amor. Los hombres que, como Elías, son capaces de entusiasmar, tienen que dejarse traspasar por el fuego de Dios para no arrastrar a los demás en una dirección que nada tiene que ver ya con Dios, sino sólo con la propia ambición. También hoy surgen hombres que entusiasman a los demás, y frecuentemente abusan de esa capacidad. Hacen que los demás se sometan a ellos. Elías es arrebatado al cielo para que los hombres, en lugar de correr tras él, se dejen llenar de su espíritu. Elías es acrisolado por Dios para que el fuego que le invade dé ahora testimonio de Dios, y no de su propia pasión. Elías se encuentra con sus propias debilidades. Sólo así puede emplear de manera correcta la fuerza que Dios le ha otorgado. Sin el encuentro con las propias sombras, el hombre corre el peligro de destruir con su fuerza a los demás, en lugar de levantarlos y animarlos.

En el bautismo, todos los cristianos son ungidos como profetas. Nuestra misión como profetas tiene aspectos diversos. Profeta es el que habla de Dios desde lo más profundo de su ser. Cada cual es profeta cuando expresa en este mundo esa palabra singular que Dios le dirige en su vida. Cada cual tiene algo que comunicar de Dios, algo que sólo él puede decir. Cada cual puede hacer perceptible de Dios un aspecto que sólo él es capaz de irradiar en este mundo. Otra tarea del profeta es ver las cosas tal como Dios las ve. «El verdadero profeta nos hace recordar sin componendas lo que realmente somos, lo que hacemos aquí y lo que somos a los ojos y en el corazón de Dios»¹. Nos abre los ojos para poder desenmascarar las ilusiones que, bajo el influjo de los demás, nos hemos hecho de nosotros mismos y de la situación de nuestro mundo. En cada uno de nosotros hay, pues, un profeta interior. Pero con frecuencia está diluido o lo tocamos sólo en la superficie. Nos convertimos entonces en permanentes gruñones, insatisfechos con la situación existente, pero incapaces de señalar un camino hacia el futuro. El verdadero artista tiene siempre entrada a su profeta interior. «El auténtico arte es profético... El artista genuino nos muestra una visión de la realidad que nos invita a ver, a escuchar y a sentir las cosas de una manera nueva»².

El tercer aspecto de nuestra condición de profetas .es el de levantarnos con todo nuestro ser y denunciar la injusticia allá donde la encontremos. Propio del profeta es también la protesta contra la falsedad de los poderosos, sin pensar en el propio bienestar. El profeta no se conforma con vivir de manera cómoda y discreta. Ha de alzar su voz cuando presiente que este mundo y la Iglesia toman caminos errados. Ser profeta significa llamar a las cosas por su nombre, sin dejarse intimidar. El concilio habló de nuevo sobre la misión profética de la Iglesia. Pero ¿dónde están hoy los hombres de Iglesia que se atreven a levantar su voz contra

¹ P.M. Arnold, *Männliche Spiritualität. Der Weg Stärke*, Munich, 1991, 198

² *Ib*, 201

Luchar y Amar



Elías: el profeta

Anselm Grün

el espíritu del tiempo a favor de la verdad y la justicia, a favor de los que no tienen voz en nuestra sociedad, a favor de los marginados y excluidos? El profeta vive con riesgos. Con frecuencia es muy alto el precio pagado cuando, siguiendo el impulso del «profeta interior», uno expone la verdadera situación de este mundo. También hoy pagan los profetas su misión con la vida, sea en El Salvador, en Zimbabue o en Argelia. Incluso la Iglesia se siente molesta con los profetas. Prefiere taparles la boca e impedirles el ejercicio de cualquier ministerio eclesial. El reproche contra los críticos se justifica con frecuencia diciendo que pretenden exclusivamente «minar el relieve de la Iglesia» o hacerse notar como acusadores. El profeta, sin embargo, no critica para acusar, sino para hacer que se tome conciencia de la voluntad de Dios. Y la voluntad de Dios no se cobija siempre en nuestras representaciones de una Iglesia en armonía, que prefiere esconder los conflictos bajo la alfombra para despertar hacia fuera la apariencia de unidad.

El mayor peligro en el arquetipo del profeta radica en la posible identificación del profeta con el arquetipo. El profeta se obceca entonces en la propia verdad. Piensa que es el único que se atreve a decir la verdad. Todos los demás son cobardes. Con tales ideas, se sitúa por encima de los demás y se siente alguien especial. No advierte que en su papel de profeta se esconden muchas ansias de poder y muchas pretensiones de totalitarismo. Otro peligro del profeta es el de invocar al Espíritu Santo y creer que puede predecir a los demás lo que les ha de suceder o que puede pintar para el futuro un determinado escenario de horror. Muchos hombres no son capaces de defenderse contra tales profecías. Piensan que quizá sean ciertas. Cuando yo hablo a otro desde el papel de profeta, estoy poniéndome por encima de él. Abandono el plano normal de la comunicación y me sitúo sobre él. Lo que tiene que hacer él es sencillamente obedecerme.

Yo no dejo ningún margen de movimiento a mis profecías. Estas no pueden ser cuestionadas. Siempre hay hombres que sucumben al peligro de identificarse con el modelo arquetípico del profeta y de embriagarse con la plenitud de poder que de él reciben.

Elías experimentó los peligros del profeta. Saboreó el poder que le confirió su ministerio profético. Pero se vio obligado a vivir dolorosamente la expoliación de esta faceta profética. Tuvo que ir a la escuela de Dios para aprender a escuchar a Dios en el silencio, donde no siempre emite una palabra que se pueda transmitir a los demás. En el silencio, Dios no siempre quiere hablar; a veces prefiere callar con el hombre, porque él quiere no sólo su voz, sino sobre todo su corazón. En el silencio encuentra el profeta su propia sombra. Es ahí donde reconoce el peligro que hay en querer imponerse a los demás. Pero en el silencio puede también llegarle la palabra de Dios, una palabra que ya no puede limitarse a referir, sino que le exige comprometerse con toda su vida. El profeta puede hablar en nombre de Dios sólo cuando abre a Dios su corazón. Y entonces habla no para alardear de su poder, sino porque a ello le impulsa el mismo Dios. Nuestro tiempo necesita hombres así, hombres que se dejen interpelar por Dios, hombres que, como profetas, salgan al paso de todas las tendencias enemigas de la vida y hagan frente a los poderosos que utilizan su poder para avasallar a los pueblos. Los hombres proféticos necesitan algo de aquella fuerza y de aquel fuego que Elías irradiaba.

Luchar y Amar

Elías: el profeta

Anselm Grün

